

que en impudencia principalmente y con toda probabilidad al editor. La primera edición se hizo en Madrid de Henares, el año 1780, como más adelante se verá de la muerte del autor. En el día son muy raras los ejemplares de aquella edición. La segunda y última, que es la que ha merecido para esta historia, salió a luz en forma mas hermosa de la imprenta Elzviriana. Antes de imprimirse se examinó en Madrid por un corto número de ejemplares. El ilustrado editor de ella se alaba de haber parido la obra de muchas defectos y errores que se habían cometido por el descuido de su precesor; pero no está difícil hallarle varios que se notaron como por ejemplo, el que hay en la edición carta sobre la Cruz Verde (núm. 62), la cual evidentemente esta fuera de su lugar, aunque no se atienda mas que a su misma fecha; y el de la batalla con el árabe, 168, en que claramente se han reunido dos cartas en una. Pero no hay necesidad de traer más ejemplos. Ha de decirse que se publicó una edición de esta obra en el correspondiente año el año de mil ochocientos y treinta y cinco por una casa de imprenta en la historia de aquella época, y de corregir las diferentes equivocaciones que en ella se han introducido ya sea por el descuido del autor o por el de sus editores.

Me he detenido tanto en esta advertencia por ciertas equivocaciones que he encontrado en la obra recientemente publicada por M. de la Harpe, el cual se apercibe que se persuade que las Epístolas de Marín, tales de haber sido escritas en sus respectivas fechas, fueran compuestas por su autor con posterioridad (Introduction to the Literature of Europe (London, 1837), vol. 1, pp. 439, 441), opinión que creo que este señor á juzgado crítico no hubiera adoptado fácilmente si hubiese recorrido la correspondencia al mismo tiempo que la historia de la época, ó pesado los testimonios no contradictorios que dan los contemporáneos acerca de su actual existencia.

que en impudencia principalmente y con toda probabilidad al editor. La primera edición se hizo en Madrid de Henares, el año 1780, como más adelante se verá de la muerte del autor. En el día son muy raras los ejemplares de aquella edición. La segunda y última, que es la que ha merecido para esta historia, salió a luz en forma mas hermosa de la imprenta Elzviriana. Antes de imprimirse se examinó en Madrid por un corto número de ejemplares. El ilustrado editor de ella se alaba de haber parido la obra de muchas defectos y errores que se habían cometido por el descuido de su precesor; pero no está difícil hallarle varios que se notaron como por ejemplo, el que hay en la edición carta sobre la Cruz Verde (núm. 62), la cual evidentemente esta fuera de su lugar, aunque no se atienda mas que a su misma fecha; y el de la batalla con el árabe, 168, en que claramente se han reunido dos cartas en una. Pero no hay necesidad de traer más ejemplos. Ha de decirse que se publicó una edición de esta obra en el correspondiente año el año de mil ochocientos y treinta y cinco por una casa de imprenta en la historia de aquella época, y de corregir las diferentes equivocaciones que en ella se han introducido ya sea por el descuido del autor o por el de sus editores.

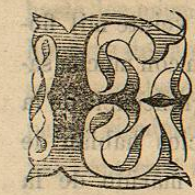
CAPÍTULO XV.

GUERRA DE GRANADA.—SITIO Y RENDICION DE LA CIUDAD DE GRANADA;

1490—1492.

Se celebran los desposorios de la infanta Isabel con el príncipe de Portugal.—La reina depona á los oidores de Valladolid.—Acampa el ejército cristiano á la vista de Granada.—La reina reconoce la ciudad.—Caballería cristiana y musulmana.—Incendio en el campamento de los cristianos.—Fundacion de Santa Fe.—Capitulacion de Granada.—Resultados de aquella guerra.—Su influencia moral.—Su influencia militar.—Suerte de los moros.—Muerte y carácter del marqués de Cádiz.

CAP. XV.



En la primavera de 1490 llegaron embajadores de Lisboa con el objeto de efectuar el tratado de matrimonio, que ya estaba ajustado entre D. Alonso, heredero de la corona de Portugal y la infanta D.<sup>a</sup> Isabel de Castilla. Era muy importante para Fernando y su consorte concluir una alianza con aquel reino, que por su proximidad poseia muchos medios para molestar á Castilla, y que habia manifestado harta inclinacion á emplearlos en sostener las pretensiones de D.<sup>a</sup> Juana la Beltraneja. Solo este motivo podia haber obligado á la reina á separarse de su primera y querida hija, que por su carácter en extremo dulce y amable parece que habia cautivado á sus padres mas que ninguno de los otros hijos.

La infanta Isabel.

La ceremonia del desposorio se verificó en Sevilla en el mes de Abril, siendo D. Fernando de Silveira representante del príncipe de Portugal. Con este motivo se celebraron en aquella ciudad magnífi-

Regocijos públicos.



## PARTE I.

cas fiestas y torneos. A cierta distancia de la poblacion, en las orillas del Guadalquivir, se abrieron lizas rodeadas de galerías colgadas de ricas sedas y brocados, y defendidas de los rayos del sol con pabellones en que se veian preciosamente bordados los escudos de armas de las nobles casas de Castilla. Honraban aquel espectáculo todas las personas de clase y las bellas de la corte, juntamente con la infanta Isabel que se presentó acompañada de setenta nobles damas y de cien donceles de palacio. Los caballeros de España, así jóvenes como viejos, se apresuraron á concurrir al torneo, deseosos de ganar laureles delante de tan lucida concurrencia, en aquel teatro de festiva guerra, con el mismo ardor con que habian procurado ganarlos en las mas terribles batallas con los moros. El rey Fernando, que rompió en este torneo varias lanzas, fué de los que mas se distinguieron entre los combatientes, por su destreza personal y por su habilidad en manejar el caballo. A los ejercicios marciales de la mañana sucedian por la tarde los recreos mas afeminados de la danza y música; pareciendo que todos deseaban festejar el tiempo de la alegría y de los regocijos despues de las largas fatigas de la guerra <sup>1</sup>.

En el siguiente otoño la infanta fué acompañada á Portugal por el cardenal de España, el gran maestre de Santiago y una numerosa y magnífica comitiva. Su dote escedió á la que se señalaba ordinariamente á las infantas de Castilla, en quinientos marcos de oro y mil de plata; y sus galas y preseas se calcularon en ciento veinte mil florines de oro. Los cronistas de aquel tiempo se detienen con mucha satisfaccion en referir estas pruebas del esplendor y magnificencia de la corte de Castilla. Desgraciadamente tan felices auspicios habian de ser muy pronto acibarados por la muerte del príncipe marido de la infanta <sup>2</sup>.

Apenas terminada la campaña del año precedente, Fernando é Isabel habian enviado embajadores al rey de Granada, intimándole que

<sup>1</sup> Carvajal, Anales, MS., año 1490.— Europa Portuguesa, t. II, página 452. Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap.

<sup>2</sup> Faria y Sousa, Europa Portuguesa, t. II, p. 452, 456.—Florez, Reinas Católicas, p. 845.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 129.—Oviedo, Quincuagésimo Portugal, t. IV, p. 19.—Faria y Sousa, bat. 1, quinc. 2, día 3.

## CAP. XV.

rindiera su capital, conforme á lo pactado en Loja, en que se le aseguró solo hasta la capitulacion de Baza, Almería y Guadix. Este tiempo habia ya llegado. Pero el rey Abdallah se escusó de acceder á la intimacion de los soberanos de España, contestando que no podia disponer ni aun de su persona, y que si bien deseaba cumplir sus compromisos, se lo impedian los habitantes de la ciudad, cuyo número se habia aumentado mucho mas de lo regular en aquella poblacion, y estaban resueltos á defenderla <sup>3</sup>.

No es probable que el rey moro hiciera gran violencia á sus sentimientos al eludir de esta manera un compromiso que se le habia arancando estando cautivo; por lo menos así lo indican los movimientos hostiles que inmediatamente se siguieron. El pueblo de Granada volvió á tomar al punto su actividad antigua, haciendo entradas por las fronteras cristianas, sorprendiendo á Alhendin y algunas otras plazas de menor importancia, y escitando el espíritu de rebelion en Guadix y en otras ciudades conquistadas. Granada, sumida en profundo letargo durante el calor de la contienda, parece que quiso recobrar nueva vida en el momento en que ya no podia tener ninguna esperanza en sus esfuerzos.

No tardó Fernando en tomar venganza de aquellos actos de agresion. En la primavera de 1490 penetró con un cuerpo considerable de tropas en la fértil llanura de Granada, talando, segun costumbre, los sembrados, llevándose los ganados y estendiendo la devastacion hasta los mismos muros de la ciudad. En esta campaña confirió los honores de la caballería á su hijo el príncipe D. Juan, que entonces solo contaba doce años de edad, y á quien habia traído en su compañía, siguiendo la antigua costumbre de los nobles castellanos de llevar consigo á sus hijos desde la edad mas tierna á la guerra de los moros. Hizose la ceremonia de armarle caballero en las orillas del

<sup>3</sup> Conde, Dominacion de los árabes, t. III, cap. 41.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 90.

Ni los escritores arábigos ni los castellanos tachan de injusta esta intimacion hecha por los reyes de España. Yo sin embargo no encuentro otro fundamento para la obligacion que se supone contrai-

da por Abdallah en favor de aquellos que el convenio de este monarca durante su cautividad en Loja, año 1486, de rendirles su capital en cambio de Guadix, siempre que conquistaran esta última ciudad en el término de seis meses. Pulgar, Reyes Católicos, p. 275.—Geribay, Compendio, t. IV, p. 418.

Se intima en vano á Granada que se rinda.

El príncipe D. Juan es armado de caballero.



PARTE I. gran canal que pasaba casi debajo de las almenas de la ciudad sitiada. Fueron padrinos del príncipe D. Juan, los duques de Cádiz y de Medinasidonia; y acabado el acto, el novel caballero confirió de la misma manera los honores de la caballería á varios de sus jóvenes compañeros de armas <sup>4</sup>.

Politica de Fernando.

En el otoño siguiente repitió Fernando sus devastaciones en la Vega, y presentándose al propio tiempo en la ciudad desafecta de Guadix con fuerzas bastantes para mantenerla sumisa, procedió á averiguar inmediatamente la conspiracion que habia tramada; y publicando que haria sumaria justicia en todos los que de cualquier modo hubiesen tenido parte en ella, por otro lado, y por un acto de su mucha clemencia, concedió á los habitantes permiso para marcharse con todos sus efectos personales adonde quisieran, si lo preferian al examen judicial de su conducta. Este político ofrecimiento produjo todo su efecto. Pocos ó quizá ninguno de los ciudadanos habian dejado de tener parte directa ó indirectamente en la conspiracion. Así que, por unánime acuerdo prefirieron espatriarse á quedar entregados á la caritativa merced de sus jueces. De este modo, dice el cura de los Palacios, por altos juicios de nuestro Señor, la antigua ciudad de Guadix volvió á hallarse bajo el dominio de los cristianos. Las mezquitas fueron convertidas en templos de Jesucristo, en donde resonaron los cánticos de la religion católica; y aquellos agradables parajes, que por espacio de cerca de ocho siglos habian sido hollados por las plantas de los infieles, quedaron para siempre restituidos á los cristianos.

La misma política produjo iguales resultados en las ciudades de Almería y Baza, cuyos habitantes, abandonando sus antiguos hogares, se trasladaron con los efectos que pudieron llevarse á la ciudad de Granada ó á la costa de África. El lugar que de este modo dejaba vacante la poblacion fugitiva, se llenaba inmediatamente por la creciente afluencia de la poblacion española <sup>5</sup>.

<sup>4</sup> L. Marineo, Cosas memorables, MS., cap. 97.—Conde, Dominacion de los árabes, t. III, cap. 41.—Pedro Mártir, Opus Epistolarum, lib. 3, epíst. 84.—Garibay, Compendio, t. IV, p. 424.—Cardonne, Histoire d'Afrique et d'Espagne, t. III, p. 309.

<sup>5</sup> Pulgar, Reyes Católicos, capítulos 131, 132.—Bernaldez, Reyes Católicos,

Es imposible en el dia de hoy contemplar aquellos sucesos con la triunfante satisfaccion y alegría con que los refieren los cronistas contemporáneos. Que los moros fueran culpables (aunque no tan generalmente como se pretende) de la conspiracion de que se les acusaba, no es inverosímil ni deja de estar comprobado por las historias de los árabes; pero el castigo fué mucho mayor de lo que el delito merecia. La justicia podia seguramente haber quedado satisfecha descargando su espada sobre los autores y principales ágentes de la proyectada insurreccion; porque no parece que hubiera ocurrido ningun acto de rebelion abierta. Mas era la codicia muy grande para satisfacerse con lo que la justicia exigia; y este acto, conforme con el sistema de política que siguió la corona de España por mas de un siglo despues, puede considerarse como uno de los primeros eslabones de la larga cadena de persecuciones que terminó con la espulsion de los moriscos.

En el siguiente año de 1491 ocurrió un caso que da mucha luz sobre la política que aquel gobierno seguia en las cosas eclesiásticas. Habiendo la chancillería de Valladolid admitido una apelacion al Papa en negocio que pertenecia esclusivamente á su jurisdiccion, la reina mandó deponer de sus cargos así al presidente D. Alonso de Valdivieso, obispo de Leon, como á todos los oidores, nombrando otros en su lugar, y al obispo de Oviedo por su presidente. Fué éste uno de los muchos ejemplos de la firmeza con que Isabel, sin embargo del profundo respeto que profesaba á la religion y á sus ministros, rehusó comprometer la independencia nacional reconociendo en lo mas mínimo las usurpaciones de Roma. Jamas, durante su largo reinado, se separó un momento de esta digna actitud, tantas veces abandonada por sus sucesores <sup>6</sup>.

El invierno de 1490 se empleó sin descanso en los preparativos para la campaña que iba á dar glorioso fin á la guerra de Granada. Fernando tomó el mando del ejército en el mes de Abril de 1491, resuelto á asentar su campo delante de la capital de los moros y á no levantarle hasta su definitiva rendicion. Hizo alarde de sus tropas en el valle de Velillos, y halló que ascendian, segun cuentan la mayor parte de los historiadores, á cincuenta mil hombres entre los de á ca-

Isabel depono á los oidores de la chancilleria.

Fernando pasa revista á su ejército.

1491.

<sup>6</sup> Carvajal, Anales, MS., año 1491.



PARTE I. ballo y los de á pié, aunque Mártir, que servia de voluntario en aquel ejército los hace subir hasta ochenta mil. Aquella hueste se componia de la gente de diversas ciudades, y en especial, como solia suceder, de las de Andalucía, que se habian movido á hacer esfuerzos verdaderamente gigantescos, con el desco de dar fin á aquella larga guerra <sup>7</sup>, y de las tropas de los nobles de todas las provincias del reino, muchos de los cuales ya irritados de no ver el fin de aquella contienda, se apresuraron á porfia á enviar sus contingentes, al paso que otros muchos, como los marqueses de Cádiz y Villena, los condes de Tendilla, Cabra, Ureña y Alonso de Aguilar, se presentaron en persona deseosos de tomar parte en la escena del triunfo, ya que habian llevado lo mas fuerte de tantas y tan terribles campañas.

Acampa en la Vega. A 26 de dicho mes acampó el ejército junto á la fuente de los Ojos de Huescar, en la Vega, como á dos leguas de Granada. Lo primero que hizo Fernando fué destacar un cuerpo considerable á las órdenes del marqués de Villena, al cual seguia él en persona apoyándole con el resto del ejército, para ir á talar los fértiles paisés de las Alpujarras, que podian llamarse el granero de la capital. Ejecutóse esta operacion con tan despiadado rigor, que no bajaron de veinte y cuatro los pueblos y lugares que se saquearon y arrasaron hasta los cimientos en aquellos montes. Así hecho, Fernando se volvió cargado de despojos á su anterior posicion de las riberas del Jenil, presentándose á la vista de la capital de los moros, única ciudad de aquel grande imperio, que se ostentaba orgullosa, cual robusta encina que ha quedado en pié despues de destruido el bosque entero desafiando los rayos que habian abatido á todas las demas.

Posicion de Granada. Aunque le faltaban los recursos de fuera, todavía era Granada formidable por su posicion y por sus fortalezas. Al oriente estaba protegida por una cordillera de montañas escabrosas, Sierra Nevada, cuyas cimas blanqueadas por la nieve derramaban grata frescura sobre la ciudad en medio de los ardorosos calores del estío. La parte que miraba hácia la Vega, frente al real de los cristianos, estaba cercada de murallas y torres macizas y de mucha solidez y firmeza. La pobla-

<sup>7</sup> Segun Zúñiga, el contingente dado repuestos con nuevos refuerzos por cinco veces durante aquella campaña. Anales de Sevilla, p. 406.

cion que se habia aumentado hasta doscientas mil almas, por la gente recogida allí de los paisés inmediatos, podia á la verdad ser muy perjudicial para un largo sitio; pero habia entre aquella gente veinte mil hombres, flor de la caballería musulmana, á quienes habian perdonado en mil batallas los filos de las espadas de los cristianos. Enfrente de la ciudad, y por espacio de casi diez leguas, se estendia la magnífica Vega,

“Fresca y regalada Vega,

Dulce recreacion de damas,

Y de hombres gloria inmensa.”

cuyas abundantes bellezas casi no podian ser exageradas en los mas brillantes hipéboles de los cánticos arábigos, y que aun se ostentaba bella y frondosa á pesar de las repetidas devastaciones que habia sufrido en la estacion precedente <sup>8</sup>.

La indignacion rebotaba en los pechos de los habitantes de Granada al ver á sus enemigos acampados á la sombra de sus almenas: salian en pequeñas bandas ó solos á desafiar á los españoles á igual combate. Muchos fueron los encuentros que hubo entre los esforzados caballeros de una parte y otra, que salian á combatir en la llanura como en liza á propósito para desplegar su valor en presencia de la belleza y caballería reunidas de sus respectivas naciones; porque llegaron á ser ornamento del campo español, como otras veces, la reina Isabel y las infantas, con la lucida comitiva de doncellas que habian acompañado á su señora desde Alcalá la Real. Los romances españoles están llenos de animadas y pintorescas descripciones de se-

Caballería árabe y cristiana.

<sup>8</sup> Conde, Dominacion de los árabes, t. III, cap. 42.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 100.—Pedro Mártir, Opus Epist., lib. 3, epist. 89.—Mármol, Rebelion de moriscos, lib. 1, cap. 18.—L. Marineo, Cosas memorables, fol. 177.

Mártir refiere “que los mercaderes genoveses, que viajan por todos los paisés, declaran que esta ciudad es la mejor fortificada del mundo.” Casiri reunió una porcion de noticias interesantes acerca de la riqueza, poblacion y cos-

tumbres sociales de Granada, tomándolas de varios escritores árabes. Biblioteca Escorialensis, t. II, pp. 247. 260.

La obra francesa de Laborde, Voyage Pittoresque (Paris, 1807) y la inglesa de Murphy, Engravings of Arabian antiquities of Spain (London 1816), cada una en lo relativo á su objeto, dan pleno testimonio acerca de la topografía general y de la magnificencia arquitectónica de Granada.



PARTE I.

mejantes torneos caballerescos, que forman la parte mas interesante de aquella novelesca poesia, que celebrando el valor de los guerreros musulmanes y cristianos, derrama un débil rayo de gloria sobre las últimas horas de Granada.<sup>9</sup>

Los regocijos que se celebraron en todo el real por la llegada de Isabel, no apartaron un punto la atencion de la reina de los graves negocios de la guerra: cuidaba de los preparativos militares, inspeccionaba por sí misma todo lo relativo al campamento, aparecia en el ejército á caballo en su corcel y armada de acero; y cuando recorria los diferentes puntos, ó pasaba revista á sus tropas, dirigia palabras de exhortacion ó de elogio adecuadas á la capacidad de los soldados<sup>10</sup>.

La reina reconoce la ciudad

En cierta ocasion manifestó deseos de hacer un reconocimiento desde paraje mas próximo á la ciudad. Se eligió para este efecto una casa que ofrecia el mejor punto de vista, en la aldea de Jubia, á corta distancia de Granada. El rey y la reina se situaron en un balcon que tenia hermosas vistas á la Alhambra y á la parte mas pintoresca de la ciudad. Se habia mandado que en el interin, para la proteccion de las reales personas, un cuerpo considerable de tropas, á las órdenes del marqués duque de Cádiz, tomase posicion entre la referida aldea y la ciudad de Granada, con órden espresa de no empeñar ninguna accion, porque la reina no queria acibarar el gozo de aquel dia con inútil derramamiento de sangre.

<sup>9</sup> En cierta ocasion, habiendo un caballero cristiano con un puñado de hombres derrotado á un cuerpo muy superior de caballería mora, el rey Abdallah manifestó lo mucho que admiraba el valor de aquel, enviándole al dia siguiente un magnífico regalo y su espada soberbiamente guarnecida. (Mem. de la Academia de la Historia, t. vi, p. 178.)—El romance morisco que principia

“Al Rey Chico de Granada,”

describe el terror pánico que produjo en la ciudad el ver á los cristianos acampados sobre el Jenil.

“Por ese fresco Jenil

Un campo viene marchando,

Todo de lucida gente,

Las armas van relumbrando.

Las banderas traen tendidas,

Y un estandarte dorado;

El general de esta gente

Es el invicto Fernando.

Y tambien viene la reina,

Mujer del rey D. Fernando,

La cual tiene tanto esfuerzo,

Que anima á cualquier soldado.”

<sup>10</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 101.

CAP. XV.

Pero los de Granada no pudieron sufrir con tranquilidad por mucho tiempo la presencia que ellos consideraban reto formal de sus enemigos: se arrojaron afuera de las puertas de la ciudad, trayendo algunas piezas de artillería, y empezaron un ataque terrible contra las líneas españolas. Recibiéronlos éstas con serenidad, y se mantuvieron con firmeza, hasta que observando el marqués de Cádiz algun quebranto en sus filas, creyó necesario tomar la ofensiva, y reuniendo á los suyos y poniéndose á su cabeza, dió una de aquellas terribles acometidas que tantas veces habian hecho pedazos al enemigo. Vaciló con el empuje la caballería mora, la cual sin embargo podia haber disputado el terreno, á no haber sido por la infantería, que compuesta de la gente rahez de la ciudad, fácilmente fué desordenada y arastró consigo á la caballería. Bien pronto se hizo general la derrota. Los ginetes españoles enardecidos llegaron hasta las mismas puertas de Granada, “y no hubo una lanza (dice Bernaldez) que en este dia no se tiñera en sangre de los infieles.” Dos mil quedaron muertos ó prisioneros en aquella accion, que duró muy poco tiempo, y solo cesó la matanza cuando llegaron los fugitivos á ponerse en salvo detras de las murallas de la ciudad<sup>11</sup>.

Refriega que hubo con el enemigo.

Hácia mediados de Julio sucedió en el real un accidente que estuvo á punto de producir funestas consecuencias. Estaba aposentada la reina en un magnífico pabellon, propio del marqués de Cádiz, y que este señor habia usado siempre en las guerras de los moros. Por descuido de uno de los criados, se dejó una luz colgada de manera, que á media noche, sin duda por alguna ráfaga de viento, prendió fuego á las colgaduras de la tienda, la cual en un instante se vió convertida en llamas. El fuego se comunicó con espantosa rapidez á las tiendas inmediatas, construidas de materiales frágiles y combustibles, y el campamento se vió amenazado de un incendio general. Sucedia esto en el silencio de la noche, cuando todos, menos los centinelas, estaban

Incendio en el real de los cristianos.

<sup>11</sup> Bernaldez, Reyes Católicos MS., cap. 101.—Conde, Dominacion de los árabes, t. iii, cap. 42.—Pedro Mártir, Opus, Epist., lib. 4, epist. 90.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 133.—Zurita, Anales, t. iv, cap. 88.

memoria de este suceso, un convento de frailes franciscos en Jubia, en donde, segun Mr. Irving, se ve aun en el dia de hoy la casa desde la cual la reina presencié la accion. Véase la Conquista de Granada, cap. 90, nota.

Isabel hizo construir mas adelante, en